



Políticas socioeducativas

Tomás Grilli

Resumen: A lo largo de la historia argentina, se han ido desarrollando e implementando distintos proyectos en torno a la educación, desde la creación de escuelas hasta la destrucción del sistema de educación pública.

Las políticas socioeducativas son la síntesis de elementos culturales, valores, sentidos, y objetivos. Observar, reconocer y analizar cuáles son los sentidos que circulan y circularon en la implementación de políticas estatales vinculadas a un modelo educativo nos permite posicionarnos, entender y avanzar. De ahí la importancia del acto de recapitular, de releer la historia ya que la cultura, la política y la educación mantienen un diálogo directo con el pasado y nos permiten pensarnos a futuro.

Palabras clave: políticas socioeducativas - Estado - proyectos políticos - memoria.

Con la intención de volver a acercarnos a comprender las memorias de las que estamos hechos, invito a revisar cuáles son los sentidos que circulan y circularon en la construcción, o más bien en la condensación de valores y elementos culturales, en el desarrollo de las distintas políticas socioeducativas que configuraron los distintos proyectos educativos. Teniendo en cuenta que las instituciones escolares son uno de los espacios principales en los que se dan procesos de transformación y transmisión culturales.

En el análisis que pretendo hacer me baso en cómo la cultura, los momentos históricos, los sujetos y sus intereses y las relaciones de poder, se encuentran entramados y concretados en un producto histórico, es decir políticas socioeducativas, atravesadas siempre por relaciones de poder.



La síntesis de elementos culturales (conocimientos, valores, costumbres, creencias, hábitos) que conforman una propuesta socioeducativa, pensada e impulsada por diversos grupos y sectores sociales cuyos intereses son diversos y contradictorios, aunque algunos tiendan a ser dominantes y hegemónicos, y otros tiendan a oponerse y resistirse a tal dominación (de Alba, 1998: 3).

Por eso resaltar los valores y sentidos que circulan en la concreción o no de proyectos socioeducativos tiene que ver con posicionamientos políticos e ideológicos, que muchas veces, han ido en contra del horizonte fundante de la educación como proyecto de emancipación, liberación y transformación.

Haciendo memoria

Acorde al largo proceso de desarrollo del capitalismo, la educación se pensó como una industria. Se pretendía que el sistema educativo pudiese determinar y evaluar objetivos en pos de conseguir modelos metodológicos que permitieran explotar y aprovechar al máximo productos educativos o propuestas educativas. La escuela se fue constituyendo como una institución destinada a producir un determinado orden y reproducir estructuras y formas de organización social.

La escolarización homogeneizó, o eso intentaba. Pensemos en Sarmiento. Él encarnó el modelo occidental eurocentrista, y lo llevó adelante en la Argentina. Se crearon escuelas, se creó la figura del maestro, en realidad de maestra porque el salario era menor o no era, y se construyó la idea que la escuela estaba para civilizar al bárbaro y moldearlo de tal forma que fuera funcional al modelo europeo; es decir, el modelo de lo civilizado. Discursivamente se “des-otrabó” al otro. Se lo deshumanizó, de ahí viene el hecho de llamar campaña del desierto llevada adelante por Julio A. Roca a la masacre de los pueblos indígenas. Con los años, este modelo se modernizó, un nuevo movimiento se inició a fines de los años cincuenta, un nuevo modelo económico, político, social, cultural y educativo. El educador Jorge Huergo ha considerado que la modernidad fue esa irrupción, ligada al capitalismo, la industrialización y el iluminismo. En este sentido, lo que pretendía la modernidad era que Occidente impusiera sus formas de vida a los otros pueblos mediante la escolarización que enseñaba a los niños; un saber racional incompatible con la diversidad. Entonces se apelaba



a la homogeneización de la cultura, y fue en ese contexto que nació la idea de normalismo. En este sentido, Huergo explica que “significó no sólo normalización de conductas y prácticas, sino también normalización de saberes y de procesos de enseñanza” (2015: 71).

En la Argentina podemos ligarla a las medidas socioeducativas de los dos primeros gobiernos de Perón, en donde en primer lugar se fomentaron estrategias de cambio que implicaron la expansión de la matrícula, destacándose las altísimas tasas de crecimiento de la población estudiantil durante este período comparadas con períodos anteriores, sobre todo en la educación media y superior. Y por otro lado, en el impulso de la educación técnica, en relación a un proyecto político económico que pretendía el crecimiento industrial del país.

En los siguientes años, las transformaciones más profundas en el sistema educativo se impusieron en uno de los momentos históricos más oscuros en nuestro país y en Latinoamérica en general. Durante la dictadura cívico-militar del año 76 se persiguió, torturó y asesinó a quienes defendían un proyecto político-social-educativo distinto; la noche de los lápices, el 16 de septiembre de 1976, es un ejemplo, con el secuestro y asesinato de estudiantes de secundaria.

Con la vuelta a la democracia distintos procesos empresariales comenzaron a interferir en la esfera del estado/pueblo y la cultura, dando lugar a una democracia neoliberal, consolidada en los primeros años del 2000. Ésta se trasladó al ámbito educativo, donde la formación adquirió un carácter empresarial: se cosifica la educación, se cosifica al sujeto. Modelo neoliberal impulsado o cultivado en el proyecto del desarrollismo y esa fantástica idea de progreso indefinido basado en la meritocracia que divide a los pueblos y personas entre superior/inferior, desarrollado/subdesarrollado, bárbaro/civilizado, vago/trabajador. Y entonces si el estudiante no logra aprender lo que el examen le exige, el problema lo tiene el él; no el sistema.

Por eso, durante el neoliberalismo, se promovió la actuación del sector privado en la educación, libre de trabas y controles, más competitivo y de mayor calidad. De este modo, la educación quedó enredada en una concepción netamente utilitaria.

En el discurso aparecieron palabras como calidad y eficiencia. La agenda pedagógica incluyó el recorte de la inversión por esa falta de calidad e ineficiencia. Se hipotecó el futuro, se vendió la educación. Se responsabilizaba a los docentes por los problemas



educativos, se recortó el presupuesto en consecuencia del achicamiento del gasto público y la educación quedó en manos de las corporaciones ya que el estado asumió la educación pública como un gasto innecesario.

Se cuestionó la educación pública y se fomentó la educación privada apelando a la regulación libre del mercado.

En este sentido, Adriana Puiggrós afirma que,

en la ensalada neoliberal, que subordinó la democracia al estado, lo que en el discurso pedagógico democrático es descentralización, como reivindicación de la comunidad educativa, de las provincias y de los sectores populares, pasó a designar una desestatización y privatización (AA.VV., 2015:102).

El Estado convirtió la escuela pública en comedores. Y la escuela se asumió como un actor social que de alguna forma podía recibir y contener a muchos chicos y sus familias.

Con la asunción de Néstor Carlos Kirchner en el año 2003, se volvió a levantar un proyecto político socioeducativo que reforzó valores y los enmarcó institucionalmente. El incremento de la inversión presupuestaria en infraestructura escolar, la distribución de libros, de material didáctico y de recursos tecnológicos; la sanción de las leyes de Educación Nacional, de Financiamiento Educativo y de Educación Sexual Integral, así como los planes estratégicos de Educación Obligatoria y Formación Docente 2012–2016, son algunas de las medidas implementadas. Desde el Estado nacional se llevaron adelante medidas entendidas como derechos, no como un gasto o la simple derivación de un ítem presupuestario.

El Plan FinEs, adquirió gran relevancia como política socioeducativa, ya que se caracterizó por ser una política pública que nació ante la necesidad de satisfacer o más bien dar las herramientas necesarias para que todos puedan terminar sus estudios primarios y secundarios anclados dentro de la categoría de Educación de jóvenes y adultos. Y si bien cuentan con un diseño curricular establecido y formalizado, que atiende cuestiones de formación y organización barrial, dentro de estos espacios, aparecieron otras necesidades como la formación en cuanto a problemas de violencia de género. En este sentido, hubo una interiorización con las demandas sociales y una apropiación del lugar, se fue configurando un proyecto que iba



mucho más allá de la certificación de saberes. Sino de respuestas del estado frente a las demandas del pueblo.

Nuevamente políticas neoliberales se levantaron en Latinoamérica y con ellas, las elecciones del 2015 llevaron a Mauricio Macri a la presidencia. Con él vemos, otra vez ese discurso que ya habíamos vivido atentando contra la educación pública, evidenciado en su conferencia de prensa donde presentó los resultados de las pruebas del Aprender realizadas a estudiantes y profesores: “una terrible inequidad de aquel que puede ir a la escuela privada versus aquel que tiene que caer en la escuela pública” (21 de marzo de 2017).

A modo de reflexión final, históricamente, la docencia y la escuela han sido concebidas como lugar de reproducciones de condiciones sociales, como lugar de construcción de horizontes compuesto por elementos utópicos y emancipadores y otros autoritarios y normalizadores.

En general, se suele perseguir un objetivo de inclusión, de igualdad y de calidad, es decir que intentan ir más allá del objetivo central que es el de enriquecer la experiencia de los pibes ampliando su capital social y cultural. Por ello Emilio Fanfani explica que el rol esencial del estado es “que a través de programas socioeducativos se movilicen recursos que contribuyan a concretar los objetivos educativos” (2015:181), asumiendo la responsabilidad de que el acceso sea para todos y todas, que la escuela logre ampliar sus horizontes culturales, trabajando desde y para ese otro y generando las condiciones sociales que permitan su permanencia en el sistema educativo. Porque no basta con que todos los pibes vayan a la escuela sino que cuenten con los elementos, ya sean libros, útiles escolares, docentes, aulas, bancos, sillas; porque a fin de cuentas el acceso y permanencia tiene que ver con condiciones sociales que el estado debe garantizar.

Bibliografía

- AA.VV. (2015). *Problemas, estrategias y discursos sobre las Políticas Socioeducativas. Seminario II DNPS*. CABA: Ministerio de Educación de la Nación
- Alicia de Alba. (1998). *Curriculum: crisis, mito y perspectivas*. Argentina: Miño y Dávila Editores.
- Huergo, Jorge. (2015). *La educación y la Vida. Un libro para maestros de escuela y educadores populares*. La Plata: EPC.